NUNCA TE AMARÉ. Nunca te amaré. No creo, tampoco, que llegue a quererte. No. Me entregaré a ti, eso lo sabes, mientras seas mi amante. Luego, simplemente te ignoraré y seguiremos con nuestras vidas disjuntas (disjuntas, esa fue la palabra).Todo eso me dijo Clara desde la corta distancia, incorporándose ligeramente, apoyando un codo en la almohada, con una voz adormecida que salía de entre el humo translúcido de un cigarrillo casi cadáver que cogió del cenicero y que llevaba allí muchos minutos, abandonado y quizá ignorado, consumiéndose como una pequeña pavesa en los restos de una hoguera en un campo de rastrojos, bajo la imposible luz de las estrellas. Tumbado junto a ella, perdido entre los pliegues de las sábanas, que me evocaban el manto de una virgen barroca de Bernini, no dije nada y permanecí un tiempo indefinido que podría ser largo, en silencio, mirando hacia la ventana, a través de los visillos evanescentes que ondeaban con la brisa hacia dentro y hacia fuera, como una bandera plateada que, a modo de estandarte, anunciara a la lejanía alguna rutilante victoria o una espantosa derrota. Y esa ventana, abierta hacía muy poco, para mitigar los calores que genera la piel, me permitía ver una luna casi llena ajena a nosotros pero que, aun así, me mostraba una sonrisa cínica que, quise pensar, iba dirigida a mí, o a ella o a ambos. No me extrañó que Clara dijera eso, es decir, no me causó sorpresa alguna nada de lo que dijo, y no porque me lo esperara (me he acostumbrado a no esperar nada), simplemente ya me había habituado a oírle decir cosas inesperadas. Tampoco era yo muy dado a alterarme por las palabras. Con los años, me había hecho inmune a las palabras, no a todas, pero sí a las que llevan una carga peligrosa y que normalmente son pequeñas bombas de relojería que, como la muerte, se manifiestan en el momento más inconveniente. Yo no podía hacer nada contra la muerte, y aceptaba el reto de su sorpresiva llamada, pero era invulnerable a las palabras, incluso a las más afiladas y aunque cayeran sobre mí como una lluvia de saetas persas en las Termópilas, ninguna hacía en mí la menor mella. Posiblemente, como Aquiles, tuviera algún punto débil, pero desconocía por completo si era así o no. Deshumanización o estoicismo exacerbado, quién sabe, y quién sabe si eso es bueno o malo, pero uno se moldea con los años y así he llegado a ser, es decir, así soy ahora, y por eso miro a Clara con algo que podría ser ternura pero posiblemente no. Llamadme Ismael (me llamo Ismael Berma). Quiero dejar claro desde el principio que esto me va a resultar difícil, así que tened paciencia conmigo si os llevo de un lado a otro, pero los recuerdos llegan siempre ovillados, tanto si son remotos como recientes. Y el hecho de contar, de poner en palabras, escritas o no, unos hechos pasados (siempre los hechos son pasados), nos condena siempre a falsear la realidad o a recrearla o a inventarla, pues la realidad pasada es algo que ya ha dejado de existir, ha dejado de ser, y es de imposible reconstrucción. De ahí los vaivenes y bamboleos que vais a sufrir (no le doy aquí a la palabra sufrir el valor de un dolor o un mareo o malestar) a lo largo de estas pequeñas memorias que recogen una parte de la vida de la desdichada familia Santino (Santos) y, por supuesto, también de la mía. Por qué recordar y hablar ahora de todo aquello, si varios años han sepultado ya todo rastro de olores y sabores, de sonidos y de imágenes y también, cómo no, de sensaciones en la piel. No lo sé, os lo aseguro, o, al menos, no sé si es porque ayer vi a Julián. Iba solo y andaba con cierto garbo por la parte interior de la acera, pegado a los escaparates, que no miraba, o miraba sin mirarlos, pues parecía ensimismado, aunque muy consciente de los demás peatones, que se le presentaban de frente, y los salvaba con un elegante zigzagueo que me dejó atónito. Puede que esa inesperada vitalidad me hizo recordar el último día que lo vi, caminando balbuceante, apoyado en Camila, tomando el taxi que los regresaría a su hogar maltrecho. Ese fue el día que dejé a la familia Santino (Santos) y abandoné la ciudad y mi empleo, con la determinación de olvidarme para siempre de esos años desequilibrados y de añadir una capa más de desapego a la coraza que ya me envolvía desde los años en que María y yo decidimos romper nuestro astillado matrimonio. Pero he vuelto (cómo no volver), y aquí llevo ya algunos meses perdidos en mí mismo, alimentándome de pequeños e irregulares fragmentos de mi pasado, y los voy cazando al vuelo, ingrávidos como son, perdidos en el viento que imprimen al caer, las hojas del impío calendario. Como polillas revoloteando una farola en una noche de estío, esos recuerdos me envuelven y me atrapan con arácnida precisión y me inmovilizan con su fina seda para devorarme lentamente cuando mi cerebro decida infligirme un nuevo dolor. Cuando entregué a Camila el manuscrito con las memorias de Clara aquella tarde de despedidas, me juré olvidarlo todo y desaparecer de ese escenario en que, una vez concluido el drama (o la tragedia, si queremos ser precisos), ya nada tenía que ofrecer, ni a mí mismo ni a cualquier otro personaje de ese desgraciado guion. Sin embargo ahora (siempre hay un sin embargo en el que nos apoyamos como en un bastón o una muleta), fuerzas misteriosas me han hecho regresar y, esto es lo peor, por un azar, es decir, no sé cómo, he vuelto a ver a Julián. He visto a Julián (él no ha reparado en mí) como nunca lo había visto, es decir, más vivo, o más vital, o más, no sabría cómo decirlo, más erguido, más despejado, más rápido en el andar y menos espeso en sus ademanes. En una palabra, no parecía que estuviera viendo a un alcohólico irredento. Qué habrá sido de Camila. Por qué me importa lo que haya sido de Camila. Me pregunto si es porque fue ella a la que más quise. (No sé si llegué a querer a ninguna, no lo sé, siempre me he visto como poco dotado para el amor). Querer, amar, amor, qué vanas palabras son esas, pronunciadas por mí, o tan sólo pensadas por mí. Son palabras que se licuan y se desparraman y no dejan más que una leve mancha húmeda que se seca y se lleva consigo cualquier significado. Sólo recuerdos (tan sólo imágenes) llaman a mi puerta de tanto en tanto y he de levantarme y abrir y sacármelos de encima como a vendedores a domicilio, y así consigo unas horas o unos días de sosiego, pero otros vuelven y vuelven y el acoso es implacable y, como frente a un enjambre de moscas, no hay batallas que librar y, a pesar de que algún manotazo afortunado extermine alguna, cientos o miles siguen ahí revoloteando con su zumbido aterrador, y con mis manos como palio sobre la cabeza, intento, más simbólica que efectivamente que no me entren por ningún orificio, pero es un esfuerzo estéril, pues los recuerdos, rotos de mala manera y cortantes como vidrios, atraviesan el cráneo y entran al cerebro como fantasmas para los que no hay obstáculos ni opacidades. Sí, es muy posible que este constante acoso me haya hecho volver. Quién sabe. Así que dejad que os cuente (contar es una forma de resurrección) esa etapa de mi vida, que posiblemente sea la última que valga la pena contar, pues hace ya tiempo que me siento vencido por todo y sobrevivo como una extraña especie de vegetal ambulante. Os supongo conscientes, insisto, de que contar algo es falsearlo en gran parte. Es pintar una realidad que fue pero que ya no es. Se ahogó en las cenagosas aguas del río del tiempo. Así que todo lo que leáis a partir de ahora es una realidad inventada, o recreada, o vuelta a imaginar. Los diálogos, los pensamientos y reflexiones de los personajes (muy reales, por cierto) involucrados en esto que no sé si llamar drama o comedia trágica (las etiquetas nunca dependen de quien escribe), no fueron tal como yo los contaré, cosa, por otra parte, lógica, ya que nadie sabe nunca lo que el otro piensa y, lo que pensó o dijo uno mismo, se fue montaña abajo en el tiempo y su rescate siempre es arduo, sino imposible. Las descripciones de las cosas y los paisajes que enmarcan y, en cierto modo envuelven y rellenan esta historia, os los ofrezco con un marco y un envoltorio nuevo (no distinto, sólo nuevo, renovado). Esto es así, creo que lo entenderéis si os lo explico, porque, decidme, cómo puedo yo acordarme de si la pintura de la pared era blanca o asalmonada (nunca he tenido buena memoria para los detalles, mi memoria es más global, más de situaciones). A pesar de estas carencias mías, en este relato os daré (a veces sin darlos) todo lujo de detalles. No os perdáis los detalles, no hagáis como esos lectores inquietos y ansiosos que pasan patinando por encima de los detalles y van a lo que ellos en su ignorancia llaman el meollo o la idea esencial. En historias como estas, el grano no es nada sin la paja, ya sabéis qué quiero decir. Insisto, no os perdáis los detalles, pues es bien posible que algunos sean tal como la realidad (qué es la realidad) los configuró entonces. Sed pues bienvenidos a este innoble trabajo de exhumación y, por qué no, de resurrección. Os diré finalmente, que no os ha de inquietar en absoluto que esta ficticia recreación de lo que nos ocurrió hace unos años (a mí y a otros que iréis conociendo) esté maquillada por el olvido y la discreción (hasta los nombres, no el mío, están tergiversados), pues lo he escrito para que entendáis lo que tengáis que entender y, os lo aseguro, nada cambiaría si este texto fuera una crónica exacta de los hechos, de las palabras y de los significados tal como si una cámara y un micrófono omnipresente y ubicuo lo hubiera registrado todo y un etéreo notario diera fe de ese documento audiovisual estereofónico y policrómico. Seguidme ahora, sentaos, leed y, os lo ruego, juzgadnos a todos. A todos.

LLAMADLE ISMAEL. Ismael Berma. Ismael Berma. Sí, Ismael Berma es el nombre de Ismael, el (un) protagonista de esta desgraciada historia. Si empezamos nuestro relato con el vacuo arte de la descripción, diremos de momento que Ismael se llama así porque su madre se empeñó en que su tercer hijo se llamara Ismael (a los otros dos los bautizó como Raquel y Miguel), en contra de la opinión de su padre (y marido de ella, su madre), quien hubiera deseado ponerle Cosme, como su abuelo (de él, del marido de ella, es decir, del padre de Ismael). Hay quien dice (para todo siempre hay quién dice) que el nombre de la cosa condiciona a la cosa en sí, en una palabra, que el nombre de pila de un alguien puede llegar a marcar su aspecto, su carácter e incluso su destino. Astrología de los nombres. En fin, ya se verá, O no, puede que esto no sea más que un hablar por hablar, como casi todo en este mundo. Visto de espaldas, si estaba de pie, Ismael tenía el aspecto de un hombre alto. No muy alto, pero entraba en la categoría de alto, aunque no fuera más que por una cuestión de promedios, desviaciones y demás variables estadísticas. Visto de frente, también (parecía alto), pero ya menos, pues el rostro tiene más elementos que atraen la atención (boca, cejas, ojos, mentón, dientes a veces, arrugas de la frente y etcétera, es decir, elementos dinámicos) y quedan los otros como la complexión y la altura más en un segundo plano y aquellos quienes tengan poca capacidad de atención (la mayoría) los ignora por completo, a menos que estos otros (elementos) tengan unos parámetros estadísticos (de nuevo la estadística) exageradamente marcados o sesgados. No era un hombre de complexión fuerte, pero tampoco débil y no llevaba bigote (aunque una temporada lució uno incipiente que no llegó a prosperar). Ismael Berma no estudió medicina ni tampoco ingeniería de caminos, canales y puertos. Tras sus estudios secundarios en un instituto no público cercano a su casa (la de sus padres), donde aprendió a despreciar con ahínco todas y cada una de las asignaturas que una legión de borreguiles profesores trataban, con aparentes ganas, de inculcar (inocular) en otra legión de adocenados alumnos tan borreguiles como ellos (los profesores), decidió no hacer nada durante un tiempo. Esto causó un drama familiar en que se despertaron odios ancestrales (es decir, odios de la infancia y demás) que salieron a la superficie como el magma de un volcán dormido y se lo llevaron todo por delante. Ismael Berma dijo ahí os quedáis y su padre le contestó con un guantazo (que aún hoy recuerda) que le dejó en su sitio, sitio que conservó un par de años más, pues movido no se sabe por qué razón, se matriculó en la Universidad para estudiar Filosofía, suponemos que por herir a sus padres, más que por su pasión por las ideas. Pero suponemos mal (siempre es arriesgado el presuponer), porque Ismael Berma lo detestaba todo, todo, excepto las ideas. No terminó la carrera, pues consideraba una pérdida de tiempo seguir los métodos pedagógicos de unos profesores perdidos en un pequeño y abyecto limbo, inmerso en el inmenso limbo de la Universidad. Comprobó que él mismo era capaz de redactar escritos que, al leerlos, no le resultaban repulsivos, así que fue escribiendo en cuadernos de tamaño cuartilla todo lo que le venía en gana, tuviera sentido o no. Lo que escribía, por descontado, nos es completamente indiferente, así que no nos extenderemos en esta cuestión. Ah, eso sí, cambió de facultad y estudió periodismo (aunque odiaba a los periodistas, a quién consideraba unos mentirosos a sueldo). Mentirosos, pero con sueldo, y en aquel entonces, la palabra sueldo era para Ismael el Paraíso a conquistar, por razones obvias, es decir triviales, como le ocurre a todo el mundo. Así que motivado por estas cuestiones puramente crematísticas, pues estaba deseoso de no depender de nada ni de nadie, terminó la carrera a trompicones y con unas notas absolutamente mediocres, cosa que le enorgullecía, pues así podría demostrar que un buen profesional no dependía del criterio de unos temarios o de un grupo de profesores que no han hecho nada más que ser profesores y a los que Ismael consideraba no aptos para decidir si alguien iba a ser o no un buen profesional. Ahora, es decir, muchos años después, Ismael es un reputado escritor y periodista o periodista y escritor, según como se enfoque o se quiera priorizar. Ha escrito algunos libros (de no muchas páginas, todo hay que decirlo, pues Ismael va directo al grano y usa las palabras con parquedad, lo que no quita que sean de calidad, cosa que ha sabido apreciar un nutrido número de lectores, fieles seguidores de sus trabajos) y colabora asiduamente en diversos periódicos y revistas nacionales y esporádicamente en uno argentino (periódico). Todo el tiempo transcurrido entre aquel entonces (el acabar la carrera y demás) y este ahora, queda dentro de un paréntesis y hacemos una elipsis casi a la totalidad (si hay algo conveniente, ya se dirá en su momento), pues no nos resulta en absoluto de interés para esta desafortunada historia que nos proponemos contar. Evidentemente, dentro de ese paréntesis hay toda una vida, con sus alegrías y sus decepciones, con sus amores (quizá ninguno), sus devaneos amorosos y sus desamores (nunca los suficientes, como se podrá deducir de todo lo que contaremos). También hay (en ese lapso de tiempo) dificultades económicas e idas y venidas por el mundo editorial y periodístico (preferentemente escrito, pues el mundo de la radio y la televisión le producía y le sigue produciendo una ansiedad enfermiza) e infinidad de anécdotas dignas de ser contadas en otras circunstancias (aunque probablemente Ismael no nos perdonaría que no contáramos aquello de aquella vez que en un periódico al que fue a pedir trabajo le ofrecieron un empleo muy bien pagado de periodista taurino y deportivo (es decir cronista de partidos de fútbol) y que cuando terminaron de decírselo es decir inmediatamente después de decírselo y quedar el director con esa sonrisa beatífica de cura o de director de lo que sea, vomitó, es decir Ismael tuvo una arcada incontrolable y vomitó toda la comida encima de la mesa y etcétera). No más comentarios por el momento de toda esa época empaquetada ad hoc por mor de la simplicidad y porque a nadie le interesa, eso es seguro, a nadie le interesa. Nos proponemos contar todo lo ocurrido recientemente a Ismael y a todos los que le rodearon en este tiempo todavía tibio por reciente. Sin ir más lejos, es decir, sin ir mucho más atrás (sólo unos pocos años), encontramos a Ismael varado en el borde de una cama de una habitación de un hotel no muy céntrico, de esos de cuatro estrellas que suelen utilizar los llamados hombres de negocios (mujeres también, pero menos), viajantes, y similares, familias no, fumando (él, Ismael) un Marlboro que, como el creía, es uno de los mejores cigarrillos del mundo, con su dosis de nicotina y de sugerente y atractiva publicidad justa y precisa para satisfacer las necesidades físico-químicas y psicológicas de un hombre adulto (maduro en el caso de Ismael) sobre todo en esa situación post coital tan evanescente y carente de asideros en que Ismael se encontraba ahora asido mientras las volutas de humo gris lechoso salían a la par de su nariz y su boca sin fuerza, exhaladas lentas tras ese respirar profundo y lento (en cierto modo agónico, como un traspaso de la vida a la muerte) que hace que el humo llegue a los últimos alveolos pulmonares y de allí a la sangre y de allí al cerebro y de allí a un pedacito del alma que se va yendo hacia arriba lenta y vaporosa como todas las almas cuando abandonan el cuerpo sea por un motivo u otro. Clara yacía sobre la cama boca abajo, inmóvil pero despierta, echada ahí como una pieza de ropa de abrigo dejada caer indolentemente tras llegar a casa. Clara había terminado su Marlboro (suyo no, de Ismael) y lo había apagado (por supuesto, mal) frotándolo un poco en la superficie interior del cenicero de vidrio imitación cristal que, a modo de pebetero, humeaba repartiendo por la habitación la pestilencia rancia de una colilla friéndose en su propio alquitrán. La conversación que no tenían era convencional, como todas las conversaciones mudas y, tanto Clara como Ismael habían dejado el cerebro desbridado y por tanto permeable a todo tipo de ideas (fragmentos sólo) y de recuerdos y de proyecciones al futuro, todo muy poco sólido, aun menos que las volutas grises, que se difundían con premura para volverse invisibles o esconderse en forma de olor a humo de Marlboro tras las cortinas o pegado a las ropas que constelaban la habitación que, debido a la hora, cada vez estaba más en penumbra. Ismael, sin levantarse y haciendo un escorzo casi imposible (muy a lo manierista, Pontormo por ejemplo) en que mantenía con una mano el Marlboro casi acabado y la sábana para cubrirse esa desnudez que se vuelve pudorosa, pudo llegar al interruptor y encendió la luz, una luz halógena regulable de colores cálidos que lo pintaba todo de amarillo. Sin hablar ninguno de los dos, se decían que esto no podía durar, y no podía durar por muchos motivos, tantos que ya era inverosímil que aún ocurriera, además, Ismael tenía otros muchos motivos particulares que hacían todo esto especialmente difícil. Estaba Camila. Y Lucía. Y Julián. Era todo muy complicado pensaba y decía Ismael en voz muda, pero qué no lo es en la vida, añadía a modo de consuelo (no era consuelo, era otra cosa pero tanto da). Ismael estaba enredado en sus circunstancias, pero si lo miraba bien (si se miraba bien) veía a un hombre más vivo que nunca en toda su vida (que, obviamente, consideraba hueca, fría, apagada, con algunas pocas llamaradas que no quemaban, ficciones o espejismos de llamas de fuego azul y congelado). La luz amarilla de la luz halógena iba confiriendo calidez a la estancia y las manecillas del reloj habían bogado sin detenerse y lo habían cambiado todo de sitio y tanto Clara como Ismael regresaban del estado de catatonia en que habían quedado tras hacer el amor como adolescentes desenfrenados (la adolescencia era un tiempo remoto para ambos, sobre todo para Clara) y ese regreso hizo que las voces dejaran de ser mudas y se volvieron de nuevo cálidas como la luz amarilla y halógena y Clara se apartó el pelo de la cara al girarse e incorporarse apoyando el codo en la almohada y recibió a Ismael en toda su desnudez, ya no pudorosa, que se acercó a ella para tumbarse a su lado y besarla en la boca, en el cuello y en los pezones que aureolaban con un ocre oscuro unos pechos blandos por maduros pero que, al ser pequeños, conservaban muchos de los adjetivos de la juventud, es decir, cuando Ismael los vio por primera vez (hacía ya muchos meses), no pudo ocultar una sonrisa de grata satisfacción que no pasó desapercibida para Clara. También en esa misma primera vez (en que, pese a toda su osadía, Ismael albergaba ciertos temores o reticencias), encontró a Clara encantadora y, a pesar de su edad, una mujer aun muy deseable. Ahora seguía encontrándola atractiva y se enorgullecía y se ufanaba de ser capaz de amar y desear a Clara Santino aún ahora, al final de su carrera, o tal vez precisamente por eso, por una cuestión puramente estética, es decir, se veía a sí mismo como un hombre sin igual, un hombre capaz de enamorarse de Clara Santino ahora, no antes, cuando todo el mundo se enamoraba de ella, no antes, cuando el mundo se rendía a sus pies, sino ahora, ahora que Clara era una mujer que lo había vivido todo. El hecho de que Clara le amara (por llamarlo de alguna manera) aun estimulaba más a Ismael a quererla y a sentirse un elegido al poder jugar este papel. Ahora, es decir, ahora, ahora, Ismael abrazaba a Clara bajo la luz amarilla y halógena y la acariciaba y pensaba pensamientos por momentos sombríos en los que aparecía Camila y luego Lucía y luego Julián y eso, como es natural, le producía un malestar que iba saliendo a la superficie por momentos, y que no pasaba desapercibido para Clara que (pensando en el tema de la edad), ya contaba con que Ismael tuviera dudas y flaquezas, ya se lo advirtió al principio, al final te cansarás de mí e irás a por otra más joven, le dijo exactamente Clara a Ismael, pero de esto Ismael ya no se acordaba o no lo había oído. Tras una hora más en la habitación, tras ducharse y vestirse (y Clara acicalarse para aparecer de nuevo ante el mundo como Clara Santino), salieron del hotel y tomaron sendos taxis de regreso a casa, Clara a su gran casa e Ismael a su pequeño apartamento de soltero en el centro de la ciudad. Se dieron un beso y Clara, antes de irse le repitió a Ismael: Recuerda, nunca te amaré.